

Memoria de Vicente Barbieri

* * *

218
13/9/56

Un escueto cable trajo ayer una triste noticia. Vicente Barbieri, uno de los poetas más sutiles y hondos de la Argentina, ha muerto, en vísperas precisamente del estreno de su primer ensayo teatral: "Facundo en la Ciudadela". Hacía muchos años que Barbieri soportaba una cruenta y mortal dolencia, cuyos padecimientos sobrellevaba con ejemplar estoicismo. Su existencia fue, durante la última década, una constante lucha contra la muerte, a la que combatió en silencio, denodadamente, disputándole minuto a minuto la vida que, en continuos asaltos, ella le quería arrebatarse. Al fin, la enemiga ha dado su golpe definitivo, y hoy Barbieri yace exhausto más allá del umbral de la acción y la palabra. Sin embargo, su palabra, es decir, su espíritu, permanece como si aún el poeta estuviera entre los hombres.

El cronista recuerda ahora a Vicente Barbieri en su pequeño y modesto departamento de un quinto piso de la Avenida Alem, desde donde, como un mirador, se percibe el puerto bullente, el vaivén de las naves y las gentes que llegan y parten. Ahí la imagen de la vida, en el tránsito de la gran ciudad, se hace precisa, recortándose sobre el horizonte pluvial de tenebrosa entonación. Tras el pequeño vestíbulo, el ambiente donde el poeta trabajaba: estudio, sala, dormitorio, comedor. En las paredes, a la manera de un muestrario del mundo, fotografías recortadas de revistas y diarios, postales singulares, papeles curiosos, fragmentos de cartas y leyendas manuscritas, en los que era posible extasiarse como ante una feria de visiones puras. Al pie del lecho, el símbolo de la desesperación: el balón de oxígeno en el cual Barbieri buscaba el aire que el aire no le podía dar. En ese rincón el cronista charló varias veces con el poeta, al pie de una botella de vino, oyendo su cansada voz y viendo a sus dedos acompañar el discurso con una delicada expresividad moribunda.

Ya no está allí. Permanece, ya he dicho, su palabra, que es su espíritu. "Fábula del Corazón", "Árbol Total", "Número Impar", "Cabeza Yacente", éstos u otros de sus libros de poesía, lo representarán entre los que proseguimos aquí. Sin que la forma poética se viera forzada por prurito alguno de originalidad, sin que vocablos ni versos fueran obligados a encarnar otra cosa que los que naturalmente significan, llanamente, los poemas de Barbieri fluían de un sentimiento y una emoción humanas y ciertas. Gustaba que sus creaciones tuvieran la esencia de lo que no puede decirse de otro modo, manifestando el rigor que implica la versión de lo inefable por el medio exclusivamente lírico. Sus novelas —"El Río Distante" y "Endimión"— retrataban su personalidad: una conciencia indagándose, interrogándose, buscándose en sí misma, para hallar en su fondo la raíz primordial del hombre. Eran también, poemas. Y es probable que el drama, sobre el cual se iba a levantar el telón cuando la muerte cerró su párpados, fuera un nuevo intento de develar este gran enigma.

La última vez que el cronista vio a Vicente Barbieri fue hace menos de seis meses. La reconstitución de la Argentina lo llevó hasta la dirección de "El Hogar" y él había, en poco tiempo, transformado esa publicación de carácter social en un vehículo de cultura. Estaba en su despacho, apresurado, colmado de papeles, y lo que dijo en aquellos instantes fueron palabras de paz, de reconciliación, de perdón a sus enemigos que, como a otros intelectuales argentinos, lo habían reducido a una situación cercana a la miseria. Seguía combatiendo a la muerte, en su débil cuerpo, en la sociedad, en la cultura. Ahora ha caído. Y su amigo peruano, con estas torpes líneas, le da dolidamente el adiós.

Sebastián Salazar Bondy